

PRESENTACIÓN

La cultura y el pensamiento de Occidente consideran que su quehacer filosófico tiene una dimensión universal, es una pieza fundamental del mundo cultural y además, en sentido genético, es algo propio y específico de nuestra cultura. Reconoce, ciertamente, la existencia de otros pensamientos y otras filosofías. Admite que *a parte ante*, la sabiduría griega presocrática y la filosofía socrática recibieron aportes procedentes de las culturas asiáticas y africanas; que después, en la Edad Media sobre todo, acogieron casi con gula las transmisiones y las aportaciones metodológicas, aporéticas y doctrinales de las escolásticas islámica y judía. Hasta los neoescolásticos cristianos del siglo xx, pese a las viejas reticencias decimonónicas, acabaron por hacer justicia a las referidas aportaciones y a su peso en la dialéctica posterior de la escolástica latina medieval que desembocaría en el llamado Renacimiento. Aunque en tono menor, y casi siempre salmodiado con sordina, lo mismo se ha dicho respecto del eco de los pensamientos chino, indio e iranio en siglos muy posteriores y especialmente durante el xix.

La visión directa, interior y desligada de cualquier utilización por nuestra cultura de los referidos pensamientos no occidentales, ha quedado reservada a contados especialistas, siempre menos de los que aparecen en los repertorios, pues las necesidades ácurricularesq y otras maulas suelen hinchar el perro. Los manuales y las obras monográficas sobre dichas filosofías escritos de auténtica primera mano son contados, especialmente por una cuestión temporal: son necesarios muchos años de trabajo, de voluntad y de vocación por la pobreza para poder realizarlos. Sus dimensiones y las exigencias del lenguaje técnico los hacen poco asequibles para gran parte del lector culto y aun del que tiene interés por los temas de la historia

de la filosofía, excepción hecha de los especialistas. Ése es uno de los motivos del presente volumen y del modo como hemos intentado enfocarlo, que resumimos con muy pocas precisiones.

En primer lugar, hemos tomado el término filosofía en su sentido más lato. Más adecuado hubiera sido escribir pensamiento; pero el uso común ha hecho que dichos términos se conviertan, como decían los clásicos.

En segundo lugar, nos hemos ceñido a cinco grupos de filosofía: china, india, irania, islámica y judía. Bien nos hubiera gustado rastrear en otras o en concepciones del mundo siglos ha periclitadas que dejaron su huella en los hombres, las ideas y las cosas. Intentarlo hubiera supuesto un tiempo, un aumento de páginas y hasta una búsqueda intolerable, bien o el recurso a investigadores no iberoamericanos, lo que hubiera roto uno de los propósitos del proyecto de esta *Enciclopedia*.

En tercer lugar, una enciclopedia no es el lugar adecuado para la investigación innovadora ni para la exposición novedosa; es un lugar de encuentro que obliga al resumen y a la síntesis. Esto, que a los ojos del no expositor puede parecer más sencillo, es mucho más complicado y penoso.

En cuarto lugar, la extensión dedicada a las filosofías islámica y judía es ostensiblemente mayor que la correspondiente a la china y la india. Una parte de la desproporción puede deberse a la deformación profesional del que esto escribe. Por ello, *mea culpa*; pero el riesgo era presumible al haber sido elegido como coordinador. Otra parte corresponde al menor interés que los investigadores iberoamericanos hemos tenido con esas otras filosofías, así como a minucias técnicas y crematísticas que no vamos a detallar. Sin embargo, pese a esa diferencia de dimensiones, nuestra tranquilidad es grande, ya que también lo fue el peso de los pensamientos islámico y judío. Si el de otros fue menor, la culpa no es nuestra, sino de muchos y grandes pensadores de los siglos xviii al xx.

Por último, circunstancias especiales me han obligado a redactar el capítulo referente a Maimónides. Pese a mi personal insatisfacción por la parte que me corresponde, pienso que el volumen responde al propósito del proyecto; y que las partes realizadas por los demás colaboradores representan un esfuerzo muy valioso; labor más de apreciar al haber sido hecha bajo el lema *ars gratia artis*: en este caso por el sólo fin de la verdad.

NOTA SOBRE LAS TRANSLITERACIONES EMPLEADAS

Las transliteraciones o transcripciones suelen dar tantos quebraderos de cabeza a los expositores que deben utilizarlas como a los lectores que han de padecerlas. Los primeros tenemos que aguantarnos, los segundos no. De acuerdo con ello llevo algunos años intentando ayudarles. Así, en este caso, he respetado las transliteraciones de mis compañeros; pero he intentado unificar las mías. Teniendo en cuenta las dificultades tipográficas y el hecho de que muchas transliteraciones han tenido más en cuenta las fonéticas alemana, francesa e inglesa que la española, me he tomado algunas libertades de las que pondré un solo ejemplo: ¿porqué escribir *kh*, *ḥ* o *ḫ* para el signo que representa el fonema de la jota castellana? Ni Asín, ni García Gómez tuvieron reparo en el uso español de la jota y no por eso han dejado de aparecer en la bibliografía y los repertorios foráneos. Por todo ello he trasladado a todas las transliteraciones mías el sistema empleado en el árabe de acuerdo con las observaciones siguientes:

a) En árabe el grupo *يڤ* lo escribo *īy*, como he hecho en otras ocasiones a petición de algunos lectores.

b) En hebreo sigo la transliteración científica, pero prescindo de algunos signos auxiliares y de las superminúsculas elevadas para las vocales brevísimas hebreas, ininteligibles para el no especialista y que complican y afean sobremanera la impresión.

c) En todas las lenguas uso el signo (–) para las vocales largas por cantidad expresa, incluso en aquellas donde se utiliza para tal fin el acento circunflejo (^).

d) Habida cuenta de mi ignorancia absoluta o relativa de las lenguas avéstica, china, pali, sánscrita, védica, etc., hago mis correcciones sobre los textos de las traducciones críticas occidentales.

e) Sustituyo la *c* de las transliteraciones indias por *ch*, pues así es como suena.

f) Sustituyo la *j* con sonido como en francés por el signo *ȷ*.

g) Sustituyo el grupo *kh* por la jota castellana.

h) Sustituyo el grupo *sh* por el signo *š*.

i) En griego, por seguir la tradición, empleo el grupo *ph* para la *φ*, aunque su sonido sea el de la efe castellana.

j) En lo que se refiere a los términos chinos utilizo la transliteración *pinyin*, excepto en la palabra *Tao* (en *pinyin*, *Dao*) que desde hace tiempo ha cobrado carta de naturaleza en las lenguas occidentales.

M. C. H.